Cuál fué mi sorpresa cuando un año después, habiendo vuelto en efecto y nombrada para Cracovia, mi discípula, de 14 años, me dijo : « Venga usted, señora, voy á llevar á usted al magnífico bosque de T..., que perteneee al conde de P... Fuimos y á la entrada del bosque *reconocí aquella puerta* que había visto en sueños un año antes. « María, dije á mi discípula, he visto esta puerta en sueños, muy lejos de aquí y hace un año. » La niña se rió mucho.

L. R.,
Moravia (Austria).

XXXVII. — Creo útil comunicar á usted dos hechos muy característicos relativos al presentimiento de dos personas á quienes conozco perfectamente.

A. La primera persona sueña que su padre ha muerto y un mes después muere su padre *en las mismas circunstancias que acompañaron al sueño.*

B. La segunda, una señora, sueña que su hijo acaba de morir, la víspera del día en que muere realmente, y también *en las mismas circunstancias del sueño.*

G. Vian,
Antiguo secretario de la Sociedad científica « Flammarion », Marseille.

XXXIX. — En febrero ó marzo, vi en sueños á una amiga mía vestida de gran luto por la muerte de uno de sus parientes próximos. Aquella noche asistí á todas las peripecias que pueden ocurrir al llegar de viaje, de noche, y la vi en mi sueño con su hijo, *yendo de un lado para otro* en la estación en busca de vehículos ó medios de transporte para llegar á su casa antes de la ceremonia fúnebre.

Cinco meses después supe la completa realización de mi sueño. Aquella persona, á la que yo quería mucho, pasó en las circunstancias relatadas, con su hijo, todos los tormentos y todas las angustias que yo había visto. El pariente que perdió estaba enfermo, pero nada hacía suponer un desenlace tan rápido.

¿De qué procede esa presciencia del porvenir que se manifiesta en los sueños?

M. P. H. D. M.
Romans.

XL. — Iba yo al colegio como externo y me vi en sueños atravesando la plaza de la República, en París, con un cartapacio debajo del brazo. Exactamente delante de los almacenes del *Pauvre Jacques* pasó un perro perseguido por una banda de ocho muchachos que le iban maltratando. Los empleados del almacén empezaban á recoger y una vendedora ambulante pasaba con su carricoche lleno de frutas y de flores.

Por la mañana, al ir al colegio, vi la misma plaza y la misma escena que había visto en sueños. El perro corría por el arroyo, los *ocho* muchachos le perseguían, la vendedora pasaba con su carro y se dirigía hacia el *boulevard Voltaire* y los empleados del *Pauvre Jacques* disponían los géneros en la puerta del almacén.

Ed. Hannais,
10, Avenida Lagache, Villemonble (Seine).

XLI. — En 1827 ó 1828 mi padre estaba en Nancy. En aquel momento se verificaban esas loterías, prohibidas después, en las que convenía determinar, al tomarlos, los números que se querían jugar. Mi padre estaba fuertemente tentado de correr el albur, pero vacilaba todavía, cuando una noche vió en sueños dos números que se destacaban en carácteres fosforescentes en la pared de su cuarto Vivamente impresionado, resolvió ir en cuanto se abrieran los despachos á pedir los números soñados. Ciertos escrúpulos de delicadeza le detuvieron, pero después de salir la lotería, fué á informarse del resultado de la extracción. Los dos números habían salido, en el orden en que él los soñó, y habían dado un beneficio de 75 000 francos.

Mlle Meyer,
Niort (Deux-Sèvres).

XLII. — Mi mujer y yo fuimos á París á pasar unos días y nos detuvimos en Angers, en casa de unos parientes. Por la mañana del día en que debíamos irnos á París, estaba yo en ese estado de deliciosa somnolencia que tanto complace cuando se tiene la vaga idea de que la vida renace al rededor y se está acostado en una buena cama. No estaba despierto sino dormitando. De repente oí una voz fresca y de buen timbre que cantaba una romanza deliciosa hasta el punto de que sentí despertar.

En mi imaginación atribuí aquel canto á algún joven obrero que se habría detenido frente á mis ventanas para cantar.

Llegados á París el mismo día, fuimos á pasar la velada en un café concierto de los Campos Elíseos. Júzguese mi asombro cuando á la mitad del espectáculo ví á un artista cantar la misma romanza que había yo oído en sueños por la mañana. *Afirmo* que eran absolutamente las mismas notas.

Aquella pieza me era desconocida por completo el día anterior y no he vuelto á oirla después.

EMILIO SOUX,

6, Avenida Victor-Hugo, Carcassonne.

XLIII. — En 1871 tenía un hermano de 20 años, médico militar en el hospital de Montpellier. Mi hermano cayó enfermo con la fiebre tifoidea y mi padre fué llamado por telegrama. Mi hermano, agotado por las fatigas de la guerra, empeoró rápidamente á pesar de los cuidados que se le prodigaron.

El 1°. de diciembre dijo á mi padre, que no se separaba de su cabecera : « Veo tres ataúdes en el cuarto. » Mi padre le contestó : « Te engañas, amigo; lo que ves son tres cunas. » Es de advertir que teníamos una hermana mayor, casada hacía tres años, que tenía un niño de trece meses, de muy buena salud, y otro de ocho días.

El día siguiente mi hermano se puso peòr y expiró en los brazos de mi padre.

Volvió éste á Douai después del entierro y encontró al niño pequeño muriéndose del garrotillo. El otro murió también.

Estos fueron los tres ataúdes vistos por mi desgraciado hermano.

BERTHE DUBRULLE,

3, rue de l'Abbaye-des-Prés, Douai.

XLIV. — A. En 1889 era yo empleado de contribuciones en un distrito de la Lozère. Estando de viaje en Saint-Urcize (Cantal), me pareció oir á media noche una voz que me decía : « Tu padre ha muerto. » Volví dos días después á mi casa y no había ninguna mala noticia de mi padre, que vivía en un pueblo lejano, pero el día siguiente recibí un telegrama en el que me llamaba, por estar enfermo con una pulmonía. Me puse en camino en seguida, pero llegué diez ó doce horas después del fallecimiento. Si hubiera ido cuando la advertencia recibida en sueños, hubiera podido pasar con mi padre treinta y seis horas antes de su muerte. No necesito decir cuánto sentí no haberlo hecho.

B. Tenía yo veintiún años é iba á jugar la suerte de soldado. La víspera soñé el número 45, que obtuve efectivamente. Estos hechos parecen indicar que las operaciones que creemos abandonadas á un simple azar, están sometidas á otras leyes. Por otra parte, entre el momento del sueño y el de extraer el número de la urna, se hicieron varias operaciones destinadas á conseguir que fuese el azar solamente el que distribuyera los números. ¿ Cómo es que no modificaron lo que parecía decidido el día anterior ?

GUIBAL,

Empleado de contribuciones, Belizane (Argelia).

XLVI. — En 1893 estaba mi hija en París, en la Escuela dental, y aunque tenía ya veinte años no era aficionada al matrimonio. El 2 de enero tuve un sueño muy extraño, en el que vi á mi hija llegar en vacaciones á las cinco de la mañana, hora á la cual jamás llegaba, y entrar en mi cuarto

cubierta con un gran abrigo de rayas que yo no conocía. Se aproximó á mi cama, me besó y me dijo:

« Mamá, quiero casarme. Amo y soy amada. Si no me caso con él, me muero. »

Le hice muchas reflexiones, diciendo que sería más cuerdo esperar al fin de sus estudios, pero insistió de tal manera, que en mi sueño accedí á su deseo.

Por la mañana al despertar conté mi sueño á la criada y á una obrera que tenía conmigo, pero me guardé de escribírselo á mi hija por no inspirarle la idea del matrimonio.

Á fin de julio recibí una carta de mi hija diciéndome que había salido bien de sus exámenes de segundo año y que llegaría aquel mismo día en el tren que llega á Saint-Amand á las 12 y 45 de la noche. Fuimos á esperarla, pero no llegó.

Á las cinco de la mañana fuimos despertadas por un campanillazo y mi hija entró en mi cuarto cubierta con un guardapolvo de rayas que había comprado unos días antes. Me besó y me repitió *palabra por palabra* lo mismo que había yo oído en sueños. Estaba medio dormida todavía y respondí:

« Ya me lo habías dicho. »

— ¿ Cómo puedo habértelo dicho si hace apenas ocho días que tomé esta decisión?

Entonces me acordé de mi sueño y la criada se lo contó. Mi hija no mostró asombro alguno y me dijo que ya había visto en sueños lo que debía suceder mucho tiempo después. Efectivamente, había visto Saint-Amand y la casa que ocupa actualmente mucho antes de venir á habitarlas por primera vez.

Mme Bavolin,
Saint-Amand (Cher).

XLVII. — A. Hace unos años teníamos una amiguita á quien su madre acababa de llevar á un colegio, en Écouen. En esa época soñé que veía á mi amiga pasar por la calle y que su madre venía á decirnos: « No he podido acostumbrarme á la idea de que mi hija estaba en el colegio y *he ido á buscarla.* » Uno ó dos días después de mi sueño, recibimos la visita de aquella señora. Yo le pregunté: « ¿ Está contenta en el colegio Margarita? » y ella respondió: « No saben ustedes, pues, lo que acabo de hacer. No podía acostumbrarme á que estuviera allí y *he ido á buscarla.* »

B. En Toul, donde vivíamos, había un mendigo que me impresionaba de un modo extraño, porque era repugnante en lo físico y en lo moral. Una noche soñé que llamaban á la puerta y en la obscuridad creí reconocer la silueta de aquel mendigo, que me dijo: « Señorita, estoy sin asilo; ¿ quiere usted albergarme por esta noche? » El día siguiente, no ya en sueños, sino en realidad, estaba en el comedor con mi hermana y una prima, cuando oí ruido hacia la puerta de la cocina. Fuí á ver y me encontré con el mendigo, que me dijo: « *Estoy sin asilo; ¿ quiere usted albergarme por esta noche?* »

Mlle Huber,
Nancy.

XLIX. — A. Á la edad de 11 años soñé que estaba cerca de un bosque, á la caída de la noche, delante de una tapia. Estaba solo y tenía ganas de llorar. Unos meses después me encontré en el mismo caso y en iguales condiciones.

B. En 1892, cuando acababa de ascender á sargento en el 119° (Havre) soñé que era maestro y la cosa me hizo reir, pues estaba lejos de pensar en tal cosa. Dos años después me encontraba en Stains en la misma escuela y con los mismos alumnos que había soñado.

C. En 1893 llamé á la puerta de la casa de mi padre, al volver de la Martinica, después de nueve años de ausencia. Mi padre, sin conocerme, me preguntó quién era yo y qué quería.

« Soy un viajero que le trae á usted noticias de su hijo, el que está en Normandía.

— ¿ Y el de la Martinica?

— De ese no tengo noticias. ¿Por qué me lo pregunta usted?

— *Porque esta noche he soñado que le veia ahi, cerca de la puerta, donde usted está ahora.* »

Y el pobre viejo se marchó llorando.

Conviene notar que mi padre había hablado de aquel sueño antes de verme y que mi vuelta no había sido anunciada de ningún modo.

LEGROS,

Director de escuela, Gros-Morne (Martinica).

LII. — Unos días después de mi boda, me dijo mi mujer: « Es extraordinario, pero hace seis meses soñé que me casaba contigo. Hice el relato de este sueño á mi madre y los dos nos reímos. Mi madre añadió que lo probable era que tú no pensases jamás en mí. »

Nótese que antes de aquella época no nos habíamos hablado nunca, *que no nos conocíamos* aún, viviendo en el mismo pueblo, que sólo nos habíamos visto de lejos y por casualidad y que no teníamos ningún amigo común.

Es, pues, extraordinario que aquella joven soñase que se casaba conmigo y que su sueño se haya realizado.

T.

Villeneuve-sur-Yonne.

Este sueño está en el límite de los que pueden ser explicados por causas conocidas, pues, en rigor, se puede admitir que aquella joven hubiera fijado la atención en el mancebo y que el sueño asociase ideas muy naturales. Puede no haber aquí más que una coincidencia fortuita.

LIII. — A. En el mes de febrero de 1888 estaba yo embarazada desde una época absolutamente desconocida por razones especiales. Como me encontrase muy fatigada, mi marido llamó á la partera, que me dijo: « Creo que será muy pronto. » El día siguiente me encontraba bien. El 1°. de

febrero me volví á indisponer y mi hermana, de un año menos que yo y soltera, que no sabía mis sufrimientos y vivía en otro barrio, me dijo: « Esta noche, estando medio dormida, he oído una voz que decía: « Tu hermana no debe inquietarse por sus dolores; *la criatura nacerá el 22 de junio.* » Yo repliqué: « Puesto que está usted tan bien enterado, ¿será un niño ó una niña? » Y la voz respondió: « No lo sé, pero no quedaréis nada contentos. » Teníamos ya dos varones y deseábamos una niña.

Naturalmente, nos burlamos todos de mi hermana y como mis indisposiciones duraban, estaba haciendo mis preparativos.

Pero pasaron febrero, marzo y abril y poco á poco acabamos por no reirnos de ella, que soportaba nuestras burlas sin que se quebrantase su convencimiento. Llegamos hasta admitir que sería niño, puesto que no debíamos quedar contentos y tan bien creímos en la predicción, que el 21 de junio preparé la cuna y todo lo necesario para el día siguiente. El 22 de junio, á las 10 de la mañana, la criatura vino al mundo. Era una niña, que hubiera sido aclamada si una hemorragia no me hubiera puesto á la muerte. Dos días después mi hijo mayor tuvo una bronquitis; mi hermana se puso enferma por primera vez en su vida; en seguida mi segundo hijo tuvo la difteria y sufrió la operación; mi hermana, que salió demasiado pronto para verle, pasó una angina muy grave; y por fin, mi padre, tres meses después, tuvo un accidente del que murió. No fuimos, ciertamente, muy dichosos.

B. Tenía mi hija tres semanas y no pudiendo yo darle el pecho, porque tenía abscesos, mi marido tuvo que ir á Manosque á buscar una nodriza que nos recomendaban y que debía venir el mismo día, viernes 13 de julio. Mis hijos estaban bien. El mayor estaba convaleciente y el pequeño tenía una salud de bronce. Una mañana dije á mi marido: « Es extraño; esta noche he soñado que estaba en un pueblo desconocido y buscando á la niñera de René me dijeron: Como

es *sábado*, ha ido á lavar. La busqué muy inquieta y encontrándola sola le pregunté : ¿ Y René ? ¿ Qué ha hecho usted de él ? Clotilde respondió : Señora, le he dejado detrás de esa pared. Fuí corriendo á buscarle y le encontré echado contra la pared, desnudo, con el cuerpo negro como el carbón y con un agujero en la garganta por el que salía la traquearteria. No estaba muerto, sin embargo. »

Mi marido se burló de mi sueño y de mi inquietud. Á las cuatro de la tarde, René, que estaba jugando con su padre, tuvo un golpe de tos muy rara, que le ahogaba. Llamamos á un médico y pronto se declaró la difteria.

Á las dos de la mañana del *sábado* 14 de julio, cuatro médicos se disponían á hacerle la operación de la traqueotomía. Todavía no se había descubierto el *serum*. El niño fué echado *desnudo* en una mesa, su *cuello fué abierto* y le pusieron *una cánula de plata en la traquearteria*. Casi estaba terminada la operación cuando la tráquea se desprendió del corchete que la sujetaba y el niño, ahogado por la sangre, *se puso negro*. Por fortuna, una fuerte dosis de ipecacuana produjo una tos que hizo subir la tráquea y pudieron cogerla. Durante la operación, mi marido, inclinándose hacia mí, me dijo : « ¡ Valentina, tu sueño de ayer, del que yo me burlaba !.. »

El niño es ahora mayor y está sano y bueno.

Mme X.,

Forcalquier.

LV. — El juez M. A... contó una mañana á su mujer y á su hija el sueño siguiente :

« Entraba yo en coche en el pueblo, cuando vi delante de la casa D... *dos ataúdes* y un cortejo fúnebre que se formaba detrás de ellos. Conocí á todos los asistentes : el prefecto, los jueces, las autoridades municipales, los parientes, y pregunté á un transeunte : « ¿ Quién ha muerto en la familia D... ? — ¿ No lo sabe usted ? Mme D... y su hijo han muerto en el mismo día y hoy es el entierro. »

El mismo día, al llegar á aquel pueblo, *M.* A... vió, en efecto, dos ataúdes delante de la casa D... y *los mismos asistentes que había visto en sueños*. No se atrevía casi á preguntar quiénes eran las personas que habían muerto, tan seguro estaba de oir las palabras del sueño. Se decidió por fin á detener á un transeunte y le hizo la pregunta. « ¿ No lo sabe usted ? le respondió. Mme D... y su hijo han muerto en el mismo día y hoy es el entierro. »

Lo que me parece más interesante en este sueño es que las palabras soñadas son exactamente las mismas que en la realidad. Hubo, pues, á la vez visión y audición premonitorias.

Puede usted estar seguro de la *perfecta autenticidad* del hecho. La familia A... quedó tan impresionada, que conserva un recuerdo absolutamente preciso.

H. Besson,

Pastor protestante, Orvin, près Brienne (Suiza).

LVI. — Soñé una vez que corriendo en bicicleta, venía un perro á interponerse en mi camino y que me caía rompiendo el pedal de la máquina.

Por la mañana conté el sueño á mi madre, la cual, sabiendo que muchas veces mis sueños se realizan, me aconsejó que no saliera. Así lo resolví, en efecto, pero á las once, en el momento de sentarnos á la mesa, el cartero nos trajo una carta diciéndonos que mi hermana, que vivía á unos ocho kilómetros, estaba enferma. Olvidando mi sueño y sin pensar más que en mi hermana, almorcé de prisa y salí en bicicleta. Mi viaje se realizó sin inconvenientes hasta el sitio en que me había visto la noche antes rodando por el polvo y rompiendo mi máquina. Apenas el sueño volvía á mi recuerdo, un enorme perro salió de una granja vecina y trató de morderme en la pierna. Sin reflexionar, quise darle un puntapié, perdí el equilibrio y me caí sobre la bicicleta cuyo pedal rompí, realizando así mi sueño en todos sus detalles.

Nótese que era aquella, lo menos, la centésima vez que hacía el mismo trayecto sin el menor accidente.

AMADEO BASSET,
Notario, Vitrac (Charente).

LVII. — El general Vaillant, que no era ni un visionario ni un espíritu pequeño, afirmó á uno de sus amigos que al marcharse al sitio de Roma, cuyas operaciones estaba encargado de dirigir, y sin saber los trabajos ejecutados para fortificar la plaza, vió en sueños muy distintamente, antes de llegar á Italia, el *sitio preciso* por donde convenía empezar el ataque. Como después vió, era en efecto el punto más débil de la defensa. Entrego á usted el hecho sin comentarios. Usted le clasificará sin duda en la categoría de las autosugestiones.

B. KIRCH,
Provisor retirado, Semur (Côte-d'Or).

Este sueño está también en el límite de los premonitorios, como el caso LII. El general Vaillant estaba entonces estudiando el plan de la toma de Roma, del que muchas veces me ha hablado él mismo. Se trata probablemente de un caso de actividad cerebral inconsciente.

LVIII. — A. Mi madre, que nació en 1800 y murió en 1886, padeció la fiebre en 1811 estando en un colegio en Aire-sur-la-Lys. En un acceso de delirio vió á su madre, María Luisa de Lannoy, en Estrée-Blanche (Pas-de-Calais), y pidió á gritos que la llevasen, porque la casa estaba ardiendo.

Un año después, en 1812, la casa de Estrée ardía en efecto y mi madre vió el incendio *exactamente* como le había visto en su fiebre de 1811.

B. En julio de 1887, habitaba yo Tatinghem, á cuatro kilómetros de Saint-Omer, y una persona que vivía en mi casa desde 1873, Mlle Estela Poulain, vió en sueños á su tía, Mme Leprêtre, que hablaba con ella. Mlle Poulain no pudo

distinguir sus facciones, pero *sabía* que era su tía. En aquel momento dieron las tres de la mañana.

Hacia las 12 ó la una, el tío de Estela, Mr. Leprêtre, llegó á mi casa para anunciarnos que su mujer, la tía de aquélla, había muerto, un poco antes de las tres de la madrugada, y había dicho á la religiosa que la cuidaba:

« ¡Qué desgracia! Ya no veré más á Estela ».

LEON LECOMTE,
Redactor en jefe de l'*Étudiant*, Paris.

Iba á terminar estos ejemplos cuando recorriendo antiguas cartas sobre estos problemas, acabo de encontrar una de la princesa Emma Carolath, del 5 de marzo de 1870, contándome un sueño del mismo orden y notablemente explícito.

Hele aquí, muy abreviado:

LIX. — Acababa de dormirme, muy alarmada por la salud de una persona querida, y me vi de pronto en un castillo desconocido y en una habitación octogonal tapizada de rojo. En ella había una cama, en la que estaba durmiendo la persona cuya salud me inquietaba. Una lámpara suspendida del techo inundaba de luz su cara pálida, pero sonriente, encuadrada por una opulenta cabellera negra. En la cabecera de la cama vi un cuadro cuyo asunto se grabó tan fuertemente en mi pensamiento que hubiera podido dibujarle al despertar: era un Cristo coronado de rosas por un genio celestial, y al pie unos versículos de Schiller, que leí.

Dos años después, tuve que ir de viaje á un castillo del fondo de Hungría y me detuve estremecida al entrar en el departamento que nos destinaron. Era el gabinete octogonal, tapizado de damasco rojo, y sobre la cama, el Cristo coronado de rosas y los versículos de Schiller.

Ese cuadro no ha sido nunca copiado ni reproducido y era imposible que yo le hubiera visto más que en sueños, como asimismo el gabinete octogonal.

EMMA, PRINCESA CAROLATH,
Wiesbaden.

Después de haber leído este conjunto de hechos, es imposible dudar que algunas veces se han visto en sueños cosas del porvenir.

Varios de esos sueños pueden explicarse naturalmente y así lo hemos hecho notar. Por ejemplo: no es más extraordinario soñar un número de la lotería que otro cualquiera, y como esos casos son muy raros, acaso los explica la coincidencia fortuita. Habría que conocer el número de estos casos para ver si excede notablemente del que arrojaría el cálculo de probabilidades. Pero la mayor parte de las premoniciones que acabamos de exponer no se explican.

Se trata de sueños que parecen haberse producido en un estado normal de salud y no en casos patológicos excepcionales. Esta misma previsión del porvenir ha sido observada en el estado de sonambulismo y de magnetismo. Los ejemplos de esto son muy numerosos, pero solamente señalaremos algunos.

El doctor Liébeault cita el hecho siguiente en su *Thérapeutique suggestive*:

LX. — En una familia de los alrededores de Nancy, dormían con frecuencia á una joven llamada Julia, la cual, una vez en estado de sonambulismo y como si fuera una inspiración, repetía en todas las sesiones que una parienta próxima de aquella familia moriría antes del 1°. de enero. Era el mes de noviembre de 1883. Aquella insistencia indujo al jefe de la familia, que olió un buen negocio, á hacer un seguro de 10 000 francos sobre la vida de la persona en cuestión, que estando sana, obtendría fácilmente un certificado de los médicos. Para hacer este negocio se dirigió á M. L..., al que escribió varias cartas, en una de las cuales le contaba el

motivo de sus gestiones. Esas cartas, que M. L... me ha enseñado, son prueba irrecusable de la profecía. No habiendo acuerdo sobre la cuestión de intereses, el asunto quedó en tal estado, pero algún tiempo después el prestatario sufrió una decepción pues la señora que debía morir antes del 1°. de enero, murió en efecto el 31 de diciembre, lo que está probado por una carta del 2 de enero dirigida á M. L.. y que éste guarda con las demás de la misma persona.

He aquí otro hecho no menos curioso comunicado á M. A. Erny por Mme Lecomte de Lisle, cuñada del poeta y prima de un amigo suyo:

LXI. — Un señor X... tuvo la idea de consultar á una mujer que echaba las cartas, y ésta le predijo que moriría de la picadura de una serpiente.

Este M. X... había rehusado siempre un empleo en la Martinica, isla reputada por sus abundantes serpientes, que son de las más peligrosas.

Por último M. B... director del Interior en la Guadalupe, le decidió á aceptar un buen empleo á sus órdenes en esta colonia, donde nunca ha habido serpientes, á pesar de su proximidad con la Martinica.

Nadie escapa á su destino, dice un refrán, que una vez más se realizó.

Terminado el tiempo de su residencia en la Guadalupe, M. X... volvía á Francia y en la escala de la Martinica no se atrevió siquiera á ir á tierra por unas horas.

Como de costumbre unas negras fueron á vender fruta á bordo del vapor y M. X..., que tenía mucha sed, compró una naranja del cesto de una de las negras, pero en seguida lanzó un grito y dijo que había sentido una picadura. La negra volcó el cesto y se vió una serpiente oculta entre las hojas que le guarnecían. Se mató á la serpiente, pero M. X... murió unas horas después.

M. Myers cita el caso siguiente de repetición de un sueño premonitorio :

LXII. — Hace sesenta años murió una Mme Carleton, en el condado de Leitrim, que era amiga íntima de mi madre, y pocos días después de su muerte se le apareció en sueños y le dijo que mi madre no la vería más soñando, excepto una vez, que sería 24 horas antes de su muerte.

En marzo de 1864, mi madre vivía con mi yerno y mi hija, en Dalkey. El 2 de marzo por la noche, mi madre subió á su cuarto, muy animada, alegre y bromeando con mi hija. Aquella misma madrugada, mi yerno oyó ruido en el cuarto de mi madre, despertó á su mujer y la envió á ver lo que pasaba. Encontró á mi madre con el cuerpo fuera de la cama y con una gran expresión de horror pintada en su fisonomía. Se le prodigaron los mayores cuidados y por la mañana pareció recobrar su estado normal. Se desayunó, como de costumbre, en la cama y muy alegremente y rogó á mi hija que ordenase á la criada le preparase un baño. Envió en seguida á buscar á su hija y le dijo que Mme Carleton se le había aparecido, después de un intervalo de 56 años y le había hablado de su muerte, muy próxima, y que moriría el día siguiente á la misma hora en que yo la había encontrado como ya he dicho. Añadió que, por precaución, había tomado un baño para evitar que lavaran su cuerpo. Empezó entonces á declinar poco á poco y murió en la mañana del 4 de marzo á la hora que había dicho. Mi madre me había dicho siempre que recibiría á Mme Carleton antes de su muerte.

TOMÁS JAMES NORRIS,
Darbrey (Irlanda).

Siguen los testimonios.

M. Myers escribe acerca de esto :

Hay, dice, tres explicaciones posibles para este echo : Estoy muy dispuesto á admitir que la difunta Mme Carleton conocía realmente la enfermedad que amenazaba á su amiga y que los dos sueños fueron producidos telepáticamente por un espíritu *desencarnado* en otro *encarnado*, pero podemos también suponer que el primer sueño, aunque puramente accidental, hizo tan profunda impresión, que al reproducirse por azar, equivalió á una autosugestión de muerte. Podemos también suponer que el primer sueño fué accidental y el segundo simbólico y producido por alguna sensación orgánica que preludiaba la muerte inminente, percibida durante el sueño antes que en el estado de vigilia.

Hay sin embargo casos en los que esas predicciones de muerte en sueños, son hechas con tanta anticipación y con tanta latitud en cuanto á la fecha fijada para la muerte, que es difícil concebir que sea la autosugestión la que produce el resultado.

No empezaremos aquí la discusión del gran problema de la comunicación con los muertos, que exigiría para él solo desarrollos extraordinarios, aun en el caso de que llegáramos á dilucidarlo. Tenemos un número considerable de ejemplos cuyo análisis exige un trabajo más concienzudo todavía que el que ha presidido á las investigaciones precedentes, en las que no hemos salido del límite de los seres vivientes.

Lo que hemos querido establecer por la publicación de estos sueños premonitorios, es que, realmente, los ha habido que han PREVISTO Y ANUNCIADO EL PORVENIR, *con precisión*. No se trata de presentimientos vagos ó de predicciones alambicadas de doble y de triple sentido, como las de Nostradamus, y que pueden aplicarse *á posteriori* á muchos sucesos diferentes, sino de la *vista real y exácta* de lo que en seguida ha sucedido.

Por el momento no iremos más lejos. El ser humano está dotado de facultades desconocidas todavía, que permiten ver de lejos en el espacio y en el tiempo. Esto es lo que queríamos demostrar por un conjunto de testimonios satisfactorios.

No ha llegado aún la hora de buscar esas leyes. Se ha podido observar que estos sueños se refieren á veces á las cosas más vulgares de la vida diaria. Pero se debe confesar, por otra parte, que la vida humana terrestre está, en general, compuesta de esos hechos fútiles.

De que se haya visto el porvenir en ciertos sueños excepcionales, no hay que deducir que se puedan interpretar todos los sueños. Sería este un error completo y no aconsejaré que se consulte á nadie sobre el porvenir.

Nos falta espacio para tratar en estos volúmenes de la cuestión de los *presentimientos*, así como de la adivinación del porvenir estando despiertos, y nos vemos obligados á dejar para otra ocasión esos interesantes estudios. También examinaremos en seguida la curiosa impresión *de haber ya visto las cosas*. Después llegaremos al eterno problema del libre albedrío y del destino y haremos constar que el porvenir existe tan seguramente como el pasado y como el presente, determinado por las causas que le producirán, en virtud de ese principio absoluto de que no hay efecto sin causa. El alma humana, con todas sus facultades, es una de esas causas.

No se puede hacer todo al mismo tiempo y más

bien tengo que pedir excusas á mis lectores por haberles sometido á tan larga atención. Pero importaba ante todo hacer una *clasificación metódica* de los fenómenos, empezar por los más seguros, estudiarlos sucesiva y metódicamente y admitir desde luego lo que parece demostrado á nuestra razón como certeza moral.

Las manifestaciones telepáticas de los moribundos (1), la transmisión del pensamiento, la acción psíquica de un ser humano sobre otro, á distancia, sin el intermedio de los sentidos, la vista á distancia y la previsión del porvenir en sueños y en sonambulismo, son para nosotros *hechos ciertos*. Nos ha parecido lógico comenzar por ahí nuestra investigación del mundo invisible.

(1) Véase el primer volumen.